

DECLARACIÓN DE VALENCIA 2009



CONCLUSIONES

Congreso
internacional sobre
**la plusvalía
económica
de la cultura**

noviembre | 2009



INTRODUCCIÓN

El presente del Congreso que acabamos de celebrar es para todos un referente marcado por inquietudes e incertidumbres, precisamente procedentes del contexto de crisis económica mundial. De él hemos querido hacer, sin embargo, un marco adecuado de reflexión compartida acerca de las dimensiones económicas de la cultura, enfocada básicamente como sector de actividad.

Tal vez la coyuntura actual sirva para catalizar una reconsideración del sector de la cultura en las economías y sociedades contemporáneas. Tal vez este tiempo de crisis propicie una mejor valoración de las herramientas nuevas de que dispone la cultura desde hace apenas dos décadas, sean estas tecnológicas, de comunicación o de formación: pues es preciso reconocer que ahora contamos con recursos más potentes, más efectivos, más sofisticados. Con ellos el sector cultural está en condiciones favorables respecto del pasado para participar activa, realistamente, en la integración social y en la construcción de un mundo más amable, menos fragmentario.

La cultura puede y debe plantearse la naturaleza y efectos de sus plusvalías, como también su asociación histórica con las libertades y ahora, en un horizonte más concreto, con los retos de igualdad de mujeres y hombres, supresión de barreras físicas para discapacitados y éticas o mentales para los migrantes, los mayores, los desplazados. La cultura es hoy, por su creciente peso en los sistemas socio-económicos, capaz de incidir, de influir y de corregir, aunque la conciencia de crisis se pretenda, con frecuencia, paralizante.

Si buscamos que cada vez sean más factibles y más tangibles las plusvalías ética y social de la cultura, creemos que se necesita conocer mejor también a cada paso su plusvalía económica. Conocerla y ponerla en su justo valor.

El desarrollo de este Congreso debía contemplar forzosamente la diversidad y el carácter plural de la cultura y sus agentes, atendiendo a la pujanza de las industrias, la capacidad innovadora, así como a las proyecciones complejas de su relación con la vida y las finanzas públicas. A la hora de compendiar las aportaciones efectuadas en unas conclusiones viables, parece oportuno poner el acento no sólo en las dimensiones materiales y técnicas de la economía de la cultura, también en su intrínseca naturaleza de conocimiento y en el capital humano que el sector, cada día, pone en juego a favor de los ciudadanos.

Con estos argumentos y esta voluntad, los reunidos en el Congreso damos a conocer la siguiente.



DECLARACIÓN DE VALENCIA 2009

1. El sector de las industrias culturales es generador de movimientos económicos en todos sus ámbitos.

La cultura, mejor ponderada económicamente ahora, no ha conseguido desmarcarse del rótulo de generadora de déficit y mantiene un atraso estructural de sus tramas socio-laborales.

Pese a ello, el devenir económico de las sociedades afecta directamente al sector lo que demuestra a las claras que el sector empresarial del mundo de la cultura genera plusvalías económicas crecientes o decrecientes según la situación global del territorio.

Las plusvalías de las industrias culturales en el marco económico afectan a muchos más campos productivos de los que el propio sector considera suyos, y tal alcance es lo que tanto el sistema económico como la cultura misma no acaban de reconocer.

Los términos de creación de empleo o de retorno económico para una ciudad gracias a sus eventos culturales son elementos fácilmente comprensibles, pero más complejo es detectar la innumerable energía generadora de plusvalías que produce de forma indirecta un evento cultural.

2. El sector de la gestión cultural debe iniciar procesos que le distancien de la dependencia económica actual de la administración pública.

No cabe duda de que el sector de la cultura en su conjunto tiene como principal cliente a las administraciones públicas. Este hecho que puntualmente es de carácter positivo ya que la gestión de la cultura es considerada como un servicio público (no por ello la iniciativa privada queda excluida), ha generado en múltiples ejemplos una situación clientelar que es una losa para el desarrollo empresarial del sector cultural y, en algunos casos, genera un estancamiento de la capacidad innovadora de los agentes culturales.

La consolidación de una estratificación socio-institucional del sector en función de la proximidad o lejanía a los núcleos de decisión administrativa es una sintomatología que se halla instalada en la mayoría de los contextos occidentales de política cultural.

Hasta aquí estas características son definidoras de la situación actual. Ésta se complica cuando los fondos públicos son utilizados como recurso de existencia o de supervivencia antes que como recurso de desarrollo o como base de modernización de sus estructuras empresariales, institucionales o laborales.

Estas situaciones perviven bajo el concepto de que la cultura es "especial" y, por tanto, no mide los límites del mecenazgo que en el siglo xx fue capitaneado por las administraciones públicas. Si dicha definición pública de "especial" fue clave y muy útil para el desarrollo de las políticas de democracia cultural, apoyo a los creadores y democratización de la cultura en las décadas de los años 60, 70 y 80 del siglo pasado, hoy los intereses empresariales se quejan de que no hay recursos para todos y por lo tanto están planteando ciertos límites a dicha democratización. Cabe preguntarse si el fallo no está en la poca evolución que tuvo el sector de industrias culturales en los últimos 30 años por los motivos anteriormente citados.



3. Existe la necesidad de la investigación y el uso de las nuevas tecnologías para el crecimiento empresarial de las industrias culturales con la participación de las universidades para ello.

La cultura es un sector especialmente asociado a la creación y fundamentado en la creatividad en el que tiene cabida la innovación como en cualquier otro pero tiende a ser renuente, conservatista las más de las veces, amparándose en una idea de excelencia que suele anclarse en la de canon.

El desafío de innovación más inmediato está en la organización empresarial, la utilización de las nuevas tecnologías y las redes sociales; la modernización técnica y procedimental es imprescindible.

Ahora bien, a mediano o largo plazo la principal innovación es integrarse en el sistema económico de los países. De poco o nada servirá mejorar procedimientos o abaratar productos si estos, en parte o en conjunto, persisten en sobresaturar una demanda limitada o a veces casi inexistente.

En resumen, la innovación aplicada al sector cultural permitirá un mayor impacto de su actividad, una progresiva reducción de la fatalidad de los costes, una mayor independencia financiera tanto pública como privada. En definitiva, una potenciación de su propia capacidad de engarce social y económico.

4. Existe la necesidad histórica de una organización profesional interlocutora con los diferentes sectores implicados en la gestión de la cultura.

El sistema asociativo de los profesionales que gestionan cultura ha cumplido un rol en el desarrollo del sector, ahora bien, ya hace algunos años en los que es necesario dotar a dichos profesionales de un contexto organizativo con un respaldo legislativo.

Esta rémora se ve también claramente en la ausencia de una definición en las propias administraciones públicas de los puestos de trabajos dedicados a dichas competencias, los sectores sindicales tampoco tienen su ámbito definido y los ordenamientos fiscales menos todavía.

Desde el análisis sociológico se pueden detectar muchos riesgos propios de dinámicas corporativas lo que sumado a las situaciones clientelares y a los temores a la pérdida de influencia, generarán alguna fricción en este camino. Ahora bien, no cabe duda de que a la vista de la evolución actual del sector, las estructuras organizativas del mismo no pueden continuar ancladas en organizaciones creadas sobre una base estatutaria pensada más para el voluntariado social que para la gestión moderna de los sectores.

La colegiación no es la panacea de las profesiones, de hecho se pueden analizar algunas cuya colegiación se ha convertido en una rémora más que en un impulso modernizador que permita la definitiva integración social y jurídica del sector.

Una futura colegiación no debe degradar ni constreñir a un sector con gran dinamismo como es el del técnico de cultura; es necesario un gran ejercicio de introspección social, laboral y empresarial a la hora de elaborar los estatutos que impida la traslación de intereses sectoriales y/o territoriales a los estatutos del colegio profesional.

Con la definición de los perfiles profesionales y curriculares del anterior congreso ya se ha dado un paso importante, ahora hay que desarrollar un modelo estatutario del siglo XXI en el contexto europeo.



RESOLUCIONES

- a. Instar al Gobierno de España y a los Gobiernos Autonómicos a reconocer la existencia del gestor cultural como demandante de empleo así como su reconocimiento suficiente en los catálogos profesionales, teniendo en cuenta para ello las definiciones que del mismo se realizaron en la Declaración de Valencia del anterior Congreso sobre la Formación de los Gestores y Técnicos de Cultura.
- b. Instar a la Generalitat Valenciana, a los sectores profesionales y a los sectores empresariales de la cultura a que conjuntamente se den los pasos para la creación de un colegio profesional de gestores y técnicos de cultura, definiendo como tales a todos aquellos que estén incluidos en la Declaración de Valencia anteriormente citada.
- c. Instar a las organizaciones sindicales a reconocer el universo laboral de los gestores culturales e incluirlos orgánicamente en sus acciones sindicales.
- d. Instar al SARC de la Diputación de Valencia, organizador de este congreso, a que trabaje un documento de análisis de la situación económica actual de los diferentes sectores que conforman el mundo de la gestión cultural. En dicho documento sería necesario evaluar todos aquellos elementos que muestren el verdadero impacto económico de la gestión de la cultura desde la creación de puestos de trabajo directos hasta los inducidos, no basándose estrictamente en presupuestos públicos, sino creando unas fórmulas de análisis elaboradas por un equipo multidisciplinar de investigadores.

Este estudio debería trasladarse a los responsables del gasto, la inversión y la fiscalización públicas llamando su atención con ello sobre las dimensiones de inversiones y desarrollo del sector cultural.